

El Mensajero del Rey en la Roma de los Césares

Luis Rivas Rivas*

Libro fascinante. Desde el inicio captura nuestro interés. Y éste va creciendo en cada página con sorpresas que nos dejan pasmados. ¿Es un libro de Historia? ¿Es, más bien, una novela? Su cuidadosa fidelidad a la verdad histórica nos impide llamarla obra de ficción. Pero la hondura de su cala en la interioridad de personajes y sucesos no nos permite emparentarla con el relato oficial, epidérmico –y, a menudo, tedioso– frecuente en los libros de Historia. El texto nos aproxima a la intimidad escabrosa de personajes históricos de quienes teníamos un conocimiento esquemático. Sabíamos de su crueldad, de sus crímenes, de su carácter depravado; pero la niebla del tiempo casi los reducía a una imagen desvaída por lo remota.

Empero, el libro de Louis de Wohl, *El Mensajero del Rey*, con su prolija documentación –que no es árida, gracias a su magia narrativa– despliega ante nosotros, en toda su cruda realidad histórica, la decadencia del Imperio Romano bajo la dinastía claudia (Tiberio, Calígula, Claudio, Nerón). Pero no nos referimos a la declinación de su poder político – que persistió aún cuatro siglos más– sino a lo peor que le puede sobrevenir a un pueblo: su extremo deterioro moral. Su desplome en un fango de crimen y morbo, tan frenéticos, que lindan con lo inverosímil. En la Roma de los Césares, el puñal y el veneno eran recursos habituales –incluso entre familiares cercanos– para acceder o mantenerse en el poder. Las orgías, la depravación –sobre todo en Calígula y Nerón– se precipitaron al abismo de lo demencial.

Empero, en contrapunto con estos hechos tenebrosos, va entretejida en el libro de Wohl otra línea narrativa, de signo diametralmente opuesto. Es la historia de un movimiento que, originado en la lejana –para los romanos– provincia oriental de Galilea, va irradiando por doquiera una doctrina de amor y de virtud. Quienes la predicán sufren persecución, prisiones, torturas y muerte; pero nada los detiene. Son los discípulos de Jesús de Nazaret que enseñan con fervor la existencia de un Dios, fuente de amor y de vida, que ha enviado al Mesías anunciado por los profetas para redimir a la humanidad. Mensaje luminoso que el oscurantismo de siempre rechaza. Para las autoridades religiosas de entonces el Mesías tenía que ser un caudillo poderoso destinado a liberar políticamente a Israel y a establecer su hegemonía en el mundo. Y en cuanto a Roma, cabe imaginar el

desconcierto de los Césares (paganos, homicidas, inescrupulosos) ante la elevada doctrina cristiana, que les resultaba incomprensible.

El Mensajero del Rey relata la colisión inevitable entre estas dos cosmovisiones en pugna. Abarca tres décadas (años 36 al 66 del primer siglo de la Era Cristiana). A la sazón, el Imperio Romano extiende sus dominios desde Britania hasta el norte de África y desde el Atlántico al golfo pérsico. Al inicio de la historia, el César es Tiberio (hijastro y sucesor de Augusto, y protagonista de homicidios y orgías), a quien deben su nombramiento los gobernadores de las provincias, entre ellos: Vitelio, procónsul y gobernador de Siria; Pilatos, gobernador de Judea y Samaria, y el tetrarca Herodes Antipas, rey de Galilea. Estos dos últimos tienen como jefe inmediato al gobernador de Siria.

Relaciones tensas entre los gobernadores, aunque, en apariencia, cordiales. Vitelio destituye a Pilatos por la matanza de más de mil samaritanos sublevados, y lo envía a comparecer ante el César. El legado Marcelo, reemplazante del subrogado, es también el encargado de “otorgarle seguridad” hasta Cesarea. Vacío de poder en Judea. Caifás aprovecha la coyuntura y da poderes a Saulo de Tarso para que persiga y dé muerte a los cristianos.

Esteban, con mansedumbre, le explica a Saulo cómo todas las profecías mesiánicas se cumplieron en Jesús, quien, aunque criado en Nazaret, era de la estirpe de David y nacido en Belén. Indignado Saulo, da su voto, en una farsa de proceso, para que lapiden a Esteban. El protomártir mira sin rencor a Saulo y hasta eleva una oración a Dios por sus asesinos.

Casio Longinos (ex centurión romano que hincó su lanza en el costado del Redentor), ya convertido al cristianismo, le informa a Vitelio el asesinato de Esteban. Vitelio destituye a Caifás por haber transgredido el “jus gladii”, que reservaba para la autoridad romana la potestad de aplicar la pena de muerte.

Herodes Antipas, mediante adulaciones, había logrado el apoyo de Tiberio. Pero éste es ahorcado por el prefecto pretoriano. Le sucede en el poder Calígula, inicialmente magnánimo, pero luego despiadado y demencial. El nuevo César hace degollar a los gladiadores derrotados en falsos combates. Exhibe desnuda a su mujer. Condena a inocentes a ser devorados por las fieras. Hasta que es asesinado por los pretorianos, quienes imponen como emperador a Claudio, tío de Calígula.

La ola de crímenes no cesa con Claudio, quien hace matar a su depravada esposa Mesalina. Pero su última esposa, Agripina, lo envenena para que sea emperador, el hijo

de ella y Germánico: Nerón. Éste, dócil primero ante su madre, cambia súbitamente y supera los crímenes y la depravación de sus antecesores. Temeroso de atentados contra su vida, hace asesinar a su madre, a su maestro Séneca, a Británico y su hermana (hijos de Claudio). Incendia Roma y acusa de ello a los cristianos y los persigue cruelmente.

Densas tinieblas en Roma. Pero, entre tanto, hechos milagrosos ocurren en el Oriente. El fariseo Saulo, cuando se acercaba a Damasco en persecución de los cristianos, es derribado de su caballo por un resplandor y oye a Jesús, quien le dice: “Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?” Saulo pregunta: “¿Quién eres tú, Señor?” La respuesta es: “Yo soy Jesús, a quien tú persigues”. Luego, Jesús le dice a Saulo (que ha quedado ciego) que en Damasco el discípulo Ananías le devolvería la vista y allí se le indicará lo que debe hacer.

Desde entonces, Saulo, antes perseguidor de los cristianos, se convierte en Pablo, el Apóstol de los gentiles, el Mensajero del Verdadero Rey. Sorpresa general. Las autoridades judías desconcertadas. Y hasta los cristianos, temerosos, se preguntan si la conversión será sincera. Pronto se hace evidente la verdad. Pablo, lleva el Evangelio a los gentiles en cuatro viajes sucesivos y llenos de peligros. Sufre –como los demás Apóstoles y discípulos– calumnias, prisiones, azotes, martirio. Comparece ante gobernadores: Lisias, Félix, Festo, Agripa II y –en la novela– ante el mismo Nerón. A todos sorprende con su conocimiento de las Sagradas Escrituras, su firme convicción y su elocuencia.

Los Césares del siglo I veían con menosprecio a la naciente Iglesia cristiana y la consideraban una secta judía. Hoy, aquellos Césares son sólo borrosas figuras de la Antigüedad, en tanto que la Iglesia fundada por Jesucristo atraviesa, victoriosa, siglos y milenios. Es verdad que las tinieblas no se han disipado aún. Pero “La Luz en las tinieblas resplandece”. Ésta es una enseñanza central en el libro de Louis de Wohl.

Escritor, profesor USAT